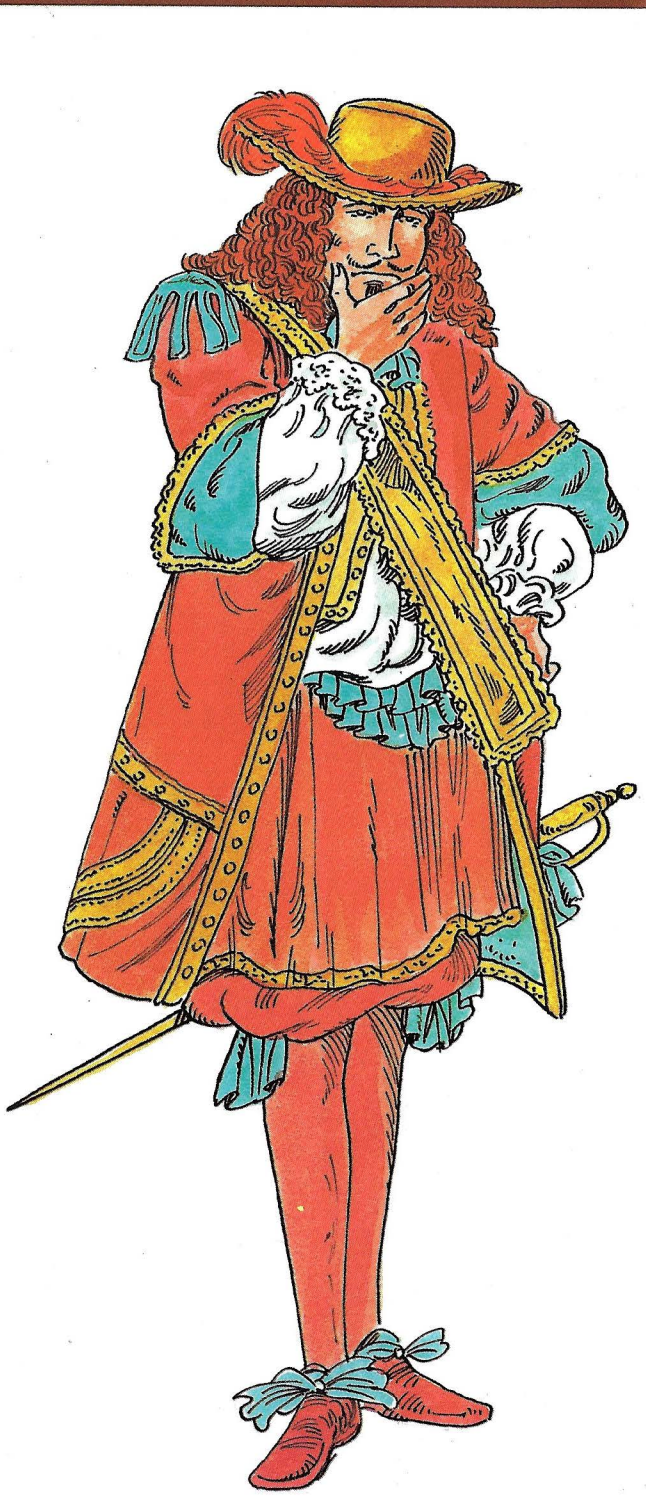
Érase una vez...

el HOMBRE

18

El gran siglo de Luis XIV

PLANETA-AGOSTINI



ERASE UNA VEZ EL HOMBRE

Equipo editorial:

Realización: JPV Servicios Editoriales. Grupo Babel
Coordinador: Carles Gené
Textos: Saro de la Iglesia
Ilustradores: Antonio Grajera, Antonio Sama, Francisco Tórtola, Carlos de Andrés
Rotulación: Gavin Rodrigues
Asesoría histórica: Jesús González
Diseño gráfico: Spoot Grafic
Maquetación: María Torres, Carles Gené

El gran siglo de Luis XIV

© Procidis
© para esta edición: Planeta-Agostini S.A.
Todos los derechos reservados

ISBN Obra completa: 84-395-1867-6
ISBN Tomo 18: 84-395-1885-4
Depósito Legal: B-5594/93

Fotocomposición y fotomecánica: FOINSA (Barcelona)
Impresión: Printer, Industria Gráfica (Barcelona)
Impreso en España-Printed in Spain

Prohibida la reproducción parcial o total de esta obra mediante impresión, fotocopia, microfilm o cualquier otro medio, sin permiso escrito del editor.

Érase una vez... el HOMBRE

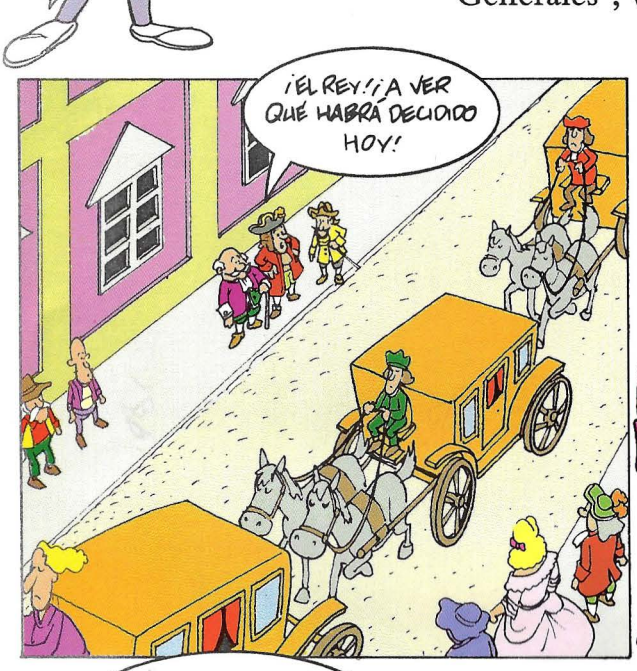
18

EL GRAN SIGLO DE LUIS XIV

PLANETA-AGOSTINI

UN PODER SIN LÍMITES

En el país más poblado de la Europa del siglo XVII, Francia, después de un período de duras contiendas se fue haciendo realidad el principio de la concentración del poder en manos del rey, señor absoluto del estado por "designio divino". Ello suponía que no tenía que dar cuentas a nadie de sus decisiones. El pueblo, como siempre había ocurrido, siguió sin intervenir en cuestiones políticas. Pero además, la nobleza, el clero y la burguesía que tradicionalmente habían aconsejado a la Corona a través de una asamblea llamada "Estados Generales", vieron recortada su influencia.



Esta concentración de poder ocasionaba que el papel de los consejeros más cercanos al rey fuera creciendo. Había pues una lucha despiadada para llegar a ser su "brazo derecho", y es que el poder de un primer ministro podía llegar a ensombrecer el del propio soberano. A la muerte de su padre, en 1643, el nuevo rey Luis XIV tenía tan sólo cinco años. Fue confiado a la tutela de su madre, pero sobre todo a la del poderoso Giulio Mazzarino que era el verdadero rector de la política francesa.

El cardenal Mazzarino (que ni siquiera era sacerdote, pero que recibió el título eclesiástico por motivos políticos) no era precisamente un ángel. Se había ganado muchos enemigos, especialmente entre los nobles y los burgueses que habían formado el movimiento llamado de la "Fronda": una conspiración que se oponía al poder absoluto ejercido por el cardenal en nombre del joven rey. Tras dos destierros sucesivos de Mazzarino, se logró derrotar a los opositores e incluso aumentar el absolutismo del rey y sus ministros.

Cuando murió Mazzarino, en 1661, todos esperaban que el joven soberano, siguiendo la costumbre de este siglo nombrase un nuevo primer ministro. Pero Luis XIV anunció tranquilamente "Mi nuevo primer ministro soy yo". Había aprendido muy bien la lección que el propio Mazzarino le había dado: ¡No ceder nunca el poder! Era preciso evitar que la nobleza pudiera recuperarse: el rey y sólo el rey debía ser único señor de Francia.

EL "TEATRO" DEL REY SOL

Gracias a las enseñanzas del amado (y temido) "maestro", Mazzarino, Luis estaba convencido de que un rey era el representante de Dios en la tierra, y en consecuencia el único que podía decir la última palabra en cuestiones políticas. Resumiendo "Ni una hoja se mueva si el rey no lo aprueba"... Luis se sentía a la altura de esta realeza divinizada. No era un genio, y su cultura era bastante modesta. Pero tenía un gran sentido común, autocontrol, carácter, carisma... las dotes naturales de un jefe al que no se le puede decir que no.

Giulio Mazzarino, el "maestro" de Luis XIV

Para acabar de convencer a sus súbditos, especialmente los nobles, sin recurrir a la fuerza construyó un sistema de etiqueta cortesana muy "teatral": una especie de gran escenografía en la que él ocupaba el centro. En este "teatro del poder", la figura central era la del "Rey Sol". Dado que toda forma de vida sobre la tierra depende de los beneficiosos rayos del Sol, también en la corte del rey de Francia cualquier situación dependía de la "luz" del propio rey, es decir, de su real voluntad y decisión. El favor del rey era imprescindible para que cualquier cortesano prosperase o se quedara fuera de juego.

La teatralidad del poder alcanzó con Luis XIV un nivel increíble. Cada acto del Rey Sol, hasta el más insignificante, era "representado" ante cierto público: asistir (o, mejor todavía, tomar parte en él) era considerado un altísimo honor. De este modo los cortesanos se disputaban el privilegio de ser, por ejemplo, quien por la mañana le calzaba el zapato derecho (y también el izquierdo: para cada una de las dos operaciones había un "privilegiado").

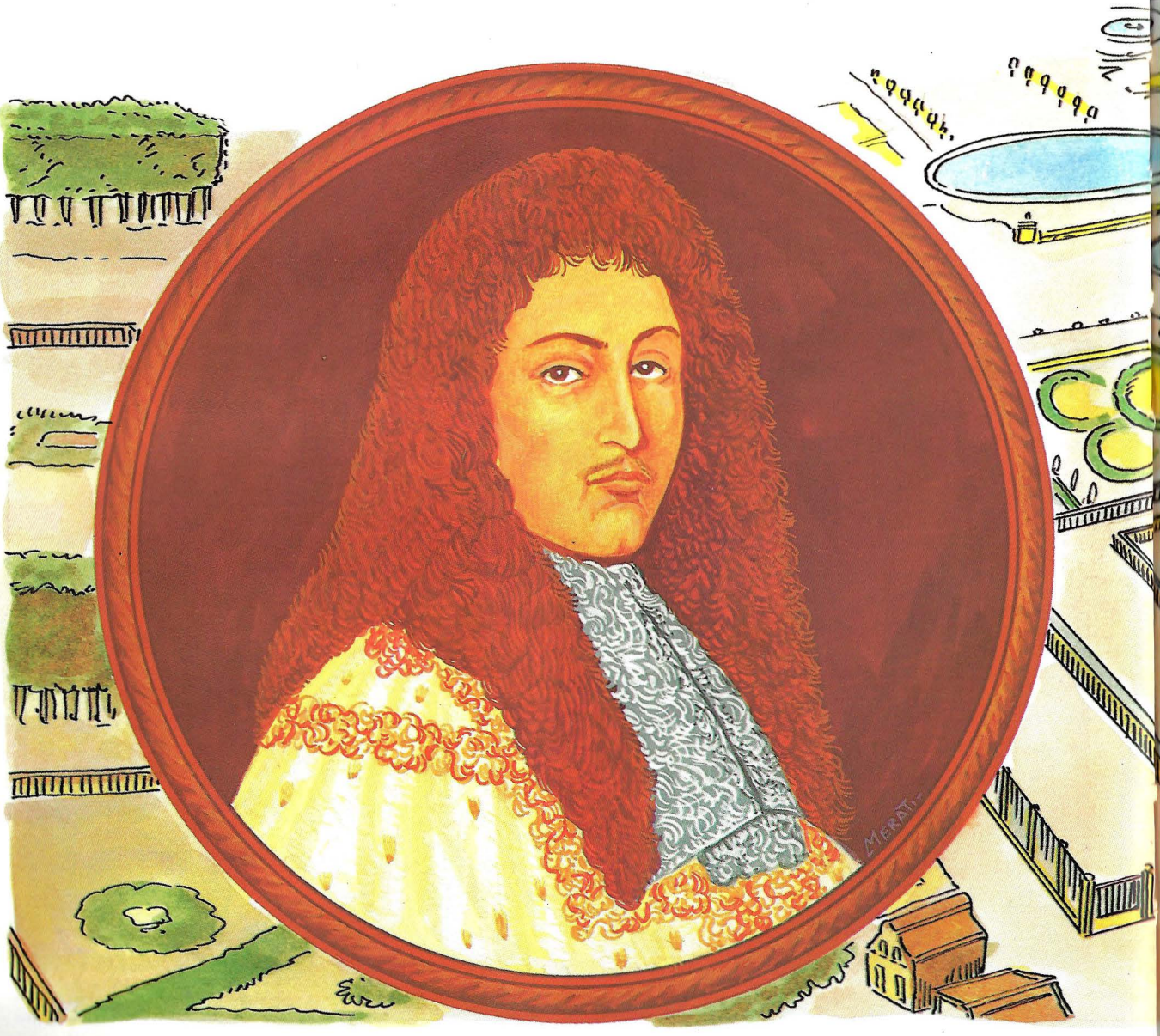
UN SÓLO DEBER: SERVIR AL REY

Una de las dotes de Luis XIV fue la de saber escoger a sus propios colaboradores. Obviamente, los quería muy obedientes, pero sabía escoger gente capacitada. Con gran escándalo por parte de la alta nobleza, prefirió contar con burgueses. El primero de ellos fue Jean-Baptiste Colbert, hijo de un comerciante, a quien Mazzarino había ya "descubierto" y protegido. Muy fiel a Luis, escrupuloso y competente, supo crear un aparato burocrático muy eficaz que seguía a pies juntillas las instrucciones del gobierno.

Tantos sacrificios vinieron acompañados por disposiciones ventajosas. Por ejemplo, gravando fuertemente las mercancías extranjeras, los productos nacionales adquirían ventaja. Aparecieron así, una poderosa flota mercante y varias compañías comerciales según el modelo inglés y holandés. Una red de carreteras, puentes y canales facilitó el comercio y las comunicaciones. En las manufacturas reales trabajaron técnicos extranjeros que sacaron a la luz productos de gran calidad.

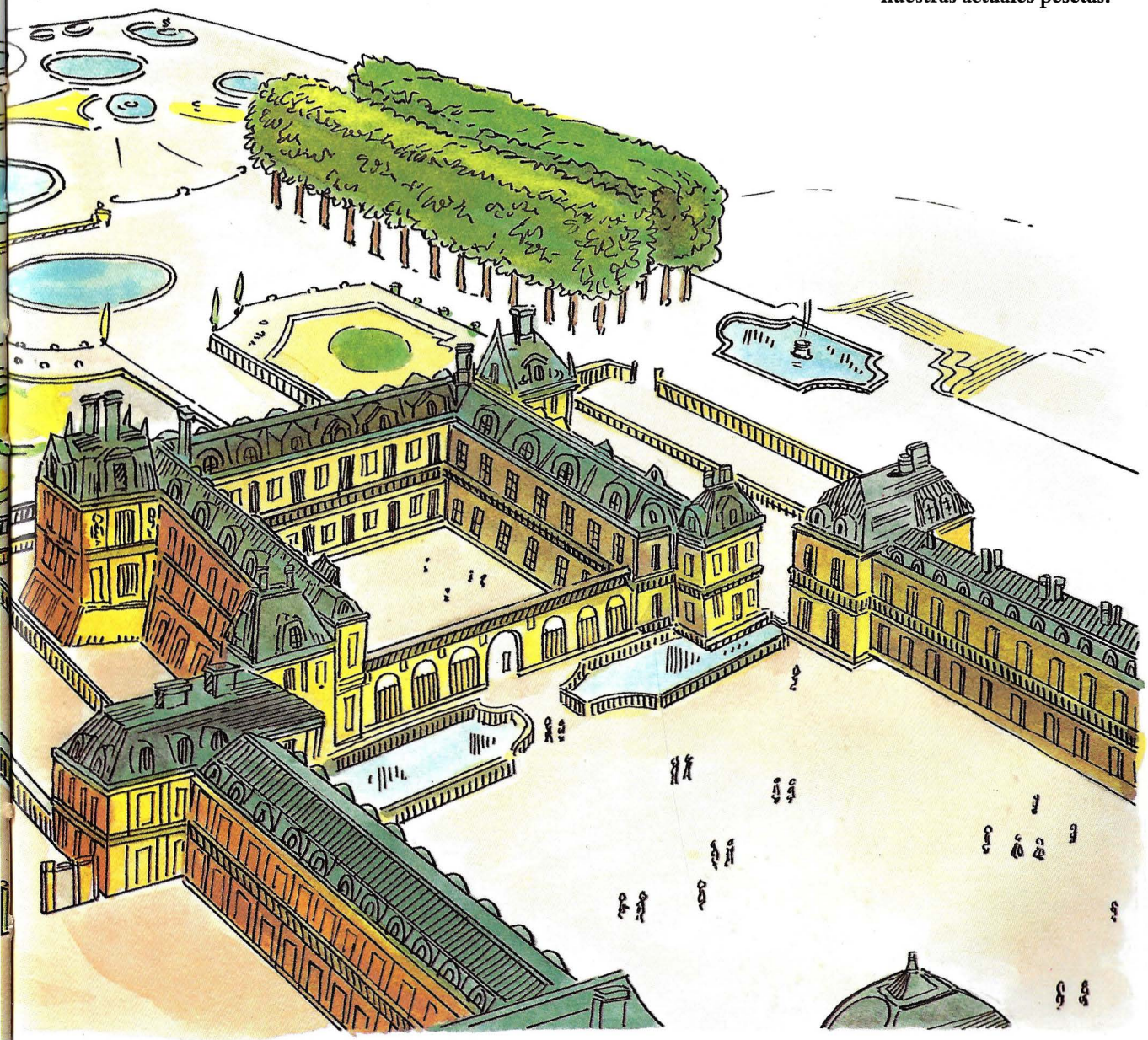
LA "CÁRCEL" DE LA NOBLEZA

El famoso palacio de Versalles, construido por voluntad del Rey Sol, no fue tan sólo el palacio más suntuoso del mundo occidental; fue también un recurso fundamental de su política. Ante todo, estaba lejos del peligroso centro de París, donde no eran raras las sublevaciones; pero su función principal era la de "cárcel dorada" en la que poder tener controlados a los recelosos nobles. Todos tenían que vivir allí, si querían estar cerca de la fuente del poder... Pero para estar a la altura de la complicada e intransigente etiqueta cortesana, los nobles se veían obligados a gastar cantidades impresionantes en vestidos, joyas, peluqueros, juego, regalos... De esta manera se endeudaban hasta el cuello y se hacían cada vez más dependientes del favor del soberano.



Concediendo cargos a veces inútiles pero con sueldos fabulosos, o pagando directamente sus deudas, Luis les tenía en sus manos.
Brillo, grandiosidad, espectacularidad, pero también una suciedad increíble... En Versalles no había servicios higiénicos, y pese a los títulos de nobleza, sus arrogantes huéspedes (¡casi diez mil personas!) se comportaban como salvajes. Por ejemplo, tiraban desperdicios por todas partes y hacían sus necesidades donde podían. Estas costumbres tan ordinarias hacían que el aire fuera irrespirable, a pesar de los costosos perfumes que usaban. En invierno el palacio se transformaba en un frigorífico: de poco servían las chimeneas debido a que tiraban muy mal y llenaban de humo los locales.

Versalles comprendía un inmenso cuerpo central, diversos pabellones y un jardín espléndido. Los arquitectos fueron Louis Le Vau y Jules Hardouin Mansart. Del jardín se ocupó el mejor especialista del momento, André Le Nôtre. El inmenso palacio costó una suma equivalente a cientos de millones de nuestras actuales pesetas.



PERO LAS VICTORIAS SALEN CARAS...

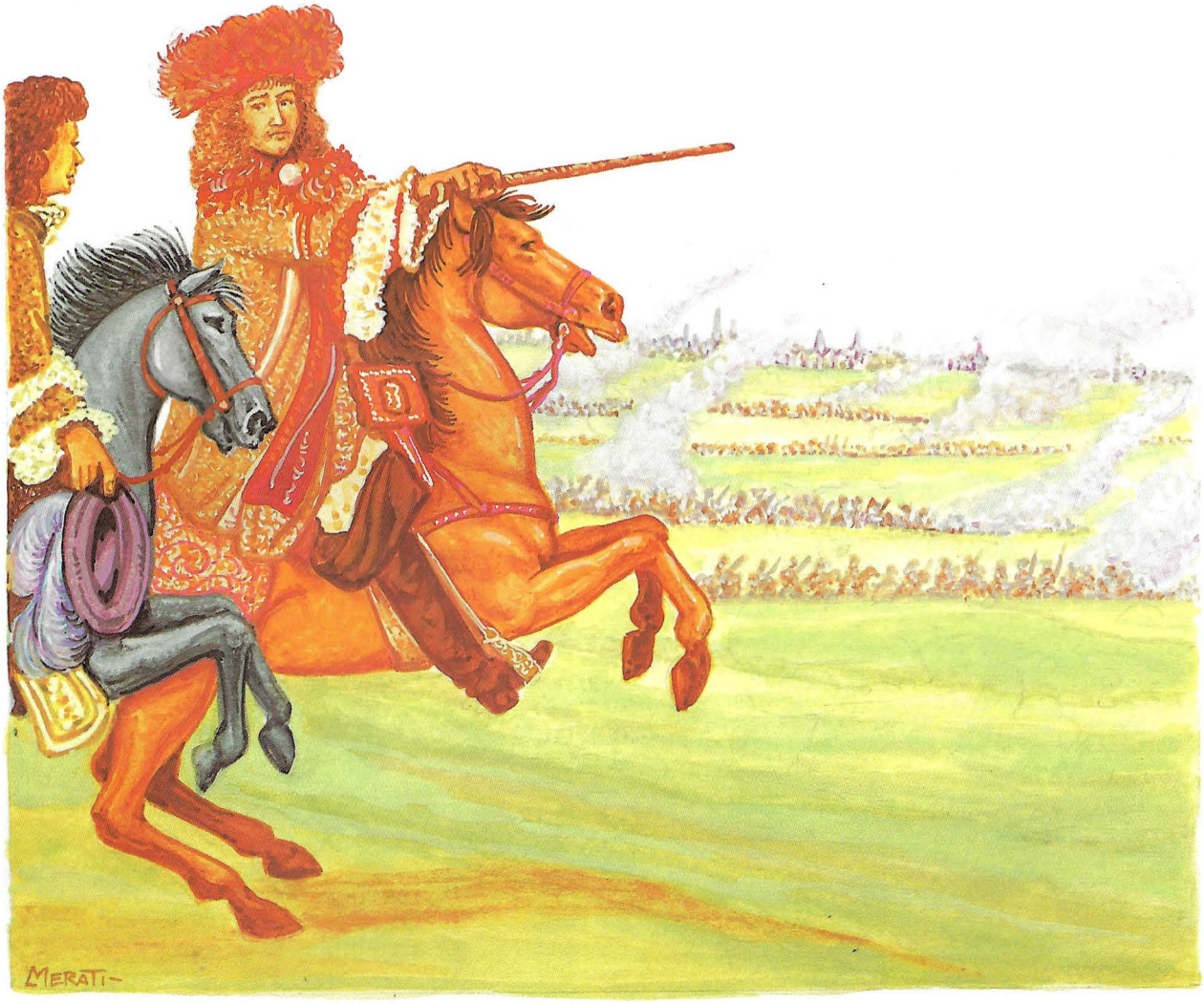
Como en todo, también en política exterior Luis XIV tenía ambiciosos proyectos: Francia tenía que ser una potencia europea. El resultado fue que el país se vio inmerso en guerras interminables. Luis, tan hábil como siempre en la elección de sus colaboradores, nombró inteligentes generales que le regalaron victorias espléndidas. Pero la deuda que dejaron estas hazañas fue de tres mil millones de *libras,* una cantidad muy elevada. La gente del pueblo debía soportar una pesada serie de sacrificios.

El costo de las empresas bélicas era demasiado alto incluso para un país grande y rico como Francia, pero el Rey Sol no se daba por aludido. Cuando el fiel Colbert, que le obedecía ciegamente pero que no era ciego, se atrevió a aconsejarle que limitara los gastos, puso en peligro su cargo. Recibió una carta en la que el rey le advertía ásperamente: "¡Nunca más intentes irritarme!" Nadie parecía capaz de poder detenerle.

GENERALES Y PIRATAS DEL REY SOL

Los poderosos ejércitos de Luis sufrieron algún fracaso. Los orgullosos holandeses, a los que Luis pensaba que podría derrotar fácilmente, le detuvieron abriendo los diques e inundando su propio país. Inglaterra fue derrotada en el Mediterráneo, pero confirmó su dominio en el Atlántico. El balance total, desde el punto de vista militar, fue positivo, aun teniendo en cuenta que muchas guerras resultaron inútiles. La más larga y sangrienta —para resolver la sucesión al trono español, sobre el cual el Rey Sol pretendía tener derecho— después de morir sin herederos Carlos II, implicó a toda Europa, pero después de trece años de desastres todo quedó prácticamente como al principio (aunque logró que su nieto Felipe de Borbón fuera nombrado rey de España).

Luis XIV, con el bastón de mando en la mano, mientras da las órdenes para una batalla.



Tan sólo hubo una experiencia bélica que para Luis se resolvió con un claro beneficio económico. Fue la guerra "no oficial" que Francia sostuvo —como sucedía en otras naciones— utilizando los servicios de los piratas. Éstos, los famosos "filibusteros", a cambio de protección pagaban un veinte por ciento de su botín. Lo entregaban al gobernador de la Tortuga, una isla que se encuentra al norte de Haití, y que era el punto de partida de sus incursiones y su refugio. Naturalmente, los filibusteros no eran tan caballerosos como los oficiales de los ejércitos de Luis. Entre ellos, François Naud, llamado el Olonese, fue tristemente famoso por su terrible ferocidad.

UNA SOCIEDAD CONTRADICTORIA

La Francia del Rey Sol fue un país de grandes contradicciones. La corrupción estaba a la orden del día: El comportamiento de los cortesanos servía de modelo para todos, ya que éstos bajo el disfraz de la rígida etiqueta escondieron una gran hipocresía. Por ejemplo, oficialmente el matrimonio y la familia eran sagrados, pero el propio rey tuvo una larga serie de "favoritas" y un buen número de hijos ilegítimos. La gente honrada era mirada con un cierto menosprecio: lo que contaba era el poder, obtenido como fuera.

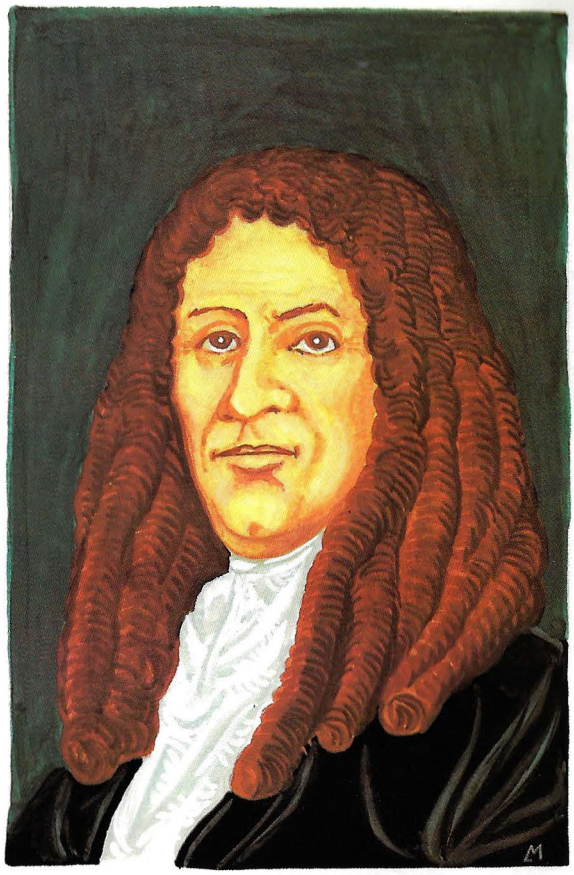
La época de Luis XIV fue llamada "le grand siècle", el gran siglo. Hubo progresos en todos los campos del saber. Y sin embargo la medicina seguía muy atrasada. El mismísimo soberano pagó las consecuencias de ello, a pesar de ser de constitución robusta. La extracción de un diente le provocó una úlcera, y los desdichados cirujanos no supieron hacer nada más que... sacarle todos los dientes de la mandíbula superior. ¡Y se trataba de los médicos reales, que eran los mejores!

EL TEATRO DE LA VIDA

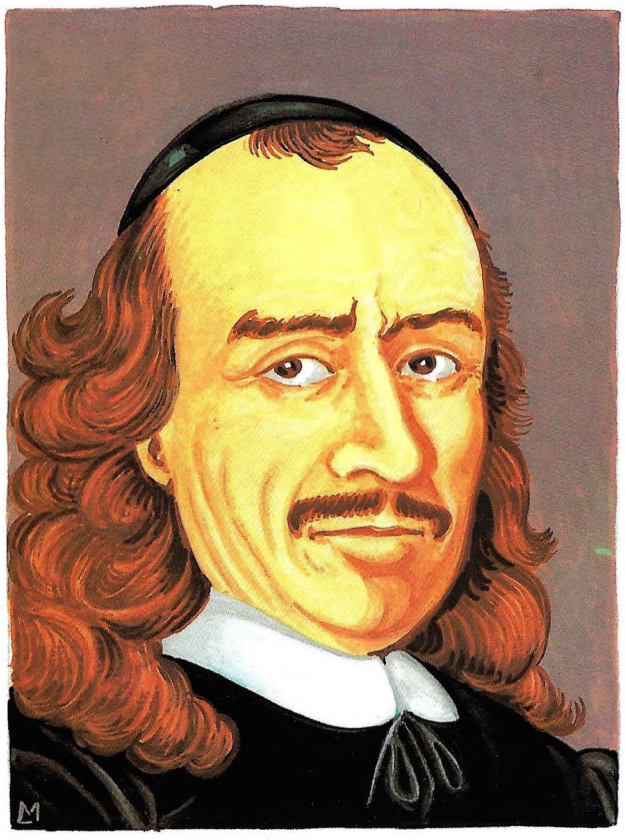
Luis XIV intervino en la promoción de las artes, pero, como siempre, todo dependió de sus gustos personales. En pintura, por ejemplo, prevaleció el pomposo estilo de su pintor preferido Charles Le Brun: mientras el rey se desvivía por él, definía como "monstruosos" los cuadros de los geniales maestros flamencos. El resultado fue la difusión de una pintura conmemorativa, grandilocuente y cortesana, pero nada sincera.
En cambio, su afición por el teatro le llevó a intuir el genio del más famoso comediógrafo del siglo XVII, Jean-Baptiste Poquelin, llamado Molière. Luis le protegió siempre. "Me gusta, es divertido y listo", dijo después de haber asistido de incógnito a una de sus representaciones. Le invitó repetidamente a la corte, le concedió una discreta renta para que pudiera trabajar tranquilo, y le hizo también el altísimo honor de apadrinar el bautizo de su hijo.

Molière

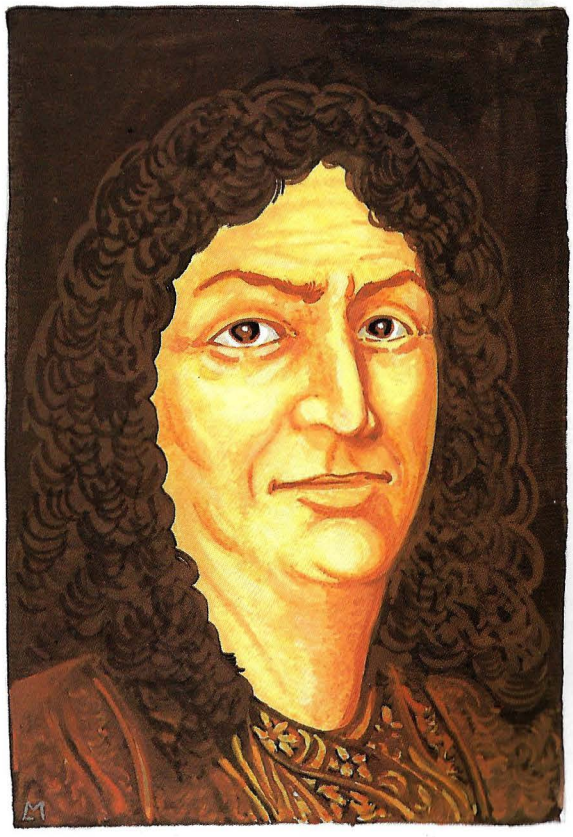
Si no hubiera sido por la protección del rey, Molière no habría podido evitar un feo destino. En sus obras ofreció una visión despiadada de los vicios y debilidades de la sociedad de su tiempo. Los ataques más furibundos se volvieron contra él cuando se estrenó *Tartufo*, una feroz sátira sobre el vicio nacional más difundido, la hipocresía. También en el ámbito musical Luis tenía buen gusto. Su protegido, el florentino Giovanni Battista Lulli (que "afrancesó" su nombre en Jean-Baptiste Lully), fue un músico original y refinado. Compuso muchísimas piezas de danza (al rey le encantaba bailar) e intermedios musicales para las comedias de Molière. Junto a Molière, genio de la comedia, en la época del Rey Sol se destacaron también dos grandes dramaturgos: Pierre Corneille, cuyo tema preferido era el contraste entre deber y sentimiento, y Jean Racine, que en sus obras plasmó sobre todo el poder del destino.



Jean-Baptiste Lully



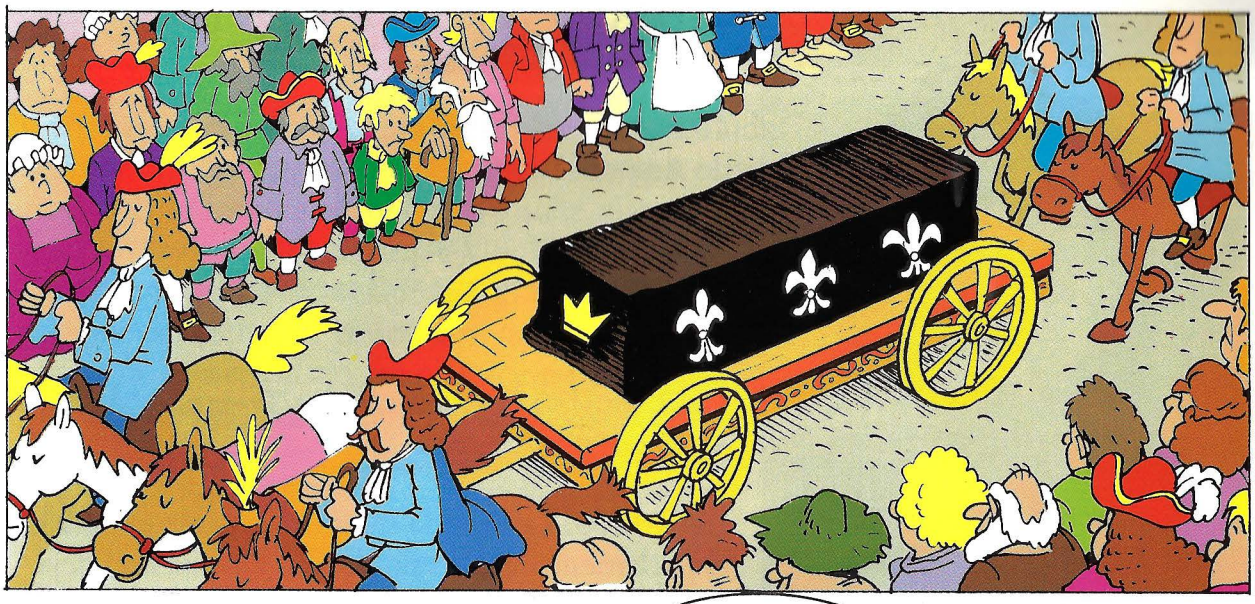
Pierre Corneille



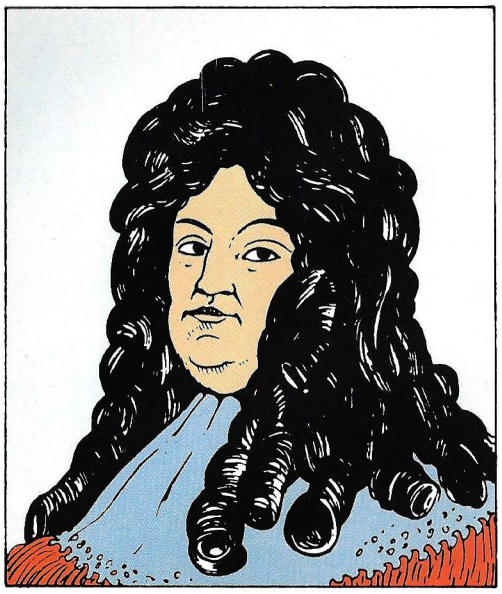
Jean Racine

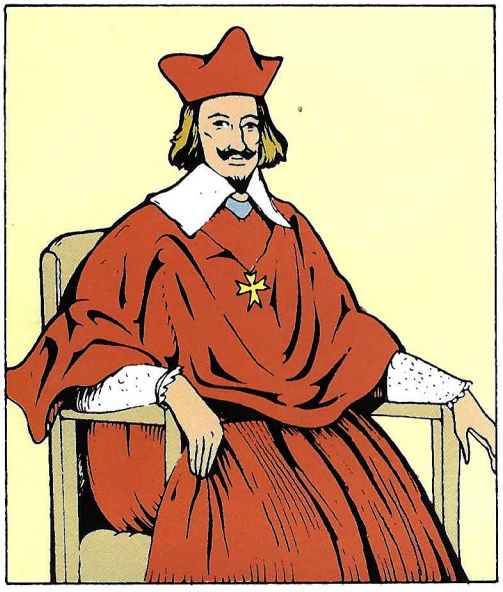
NO ME IMITÉIS...

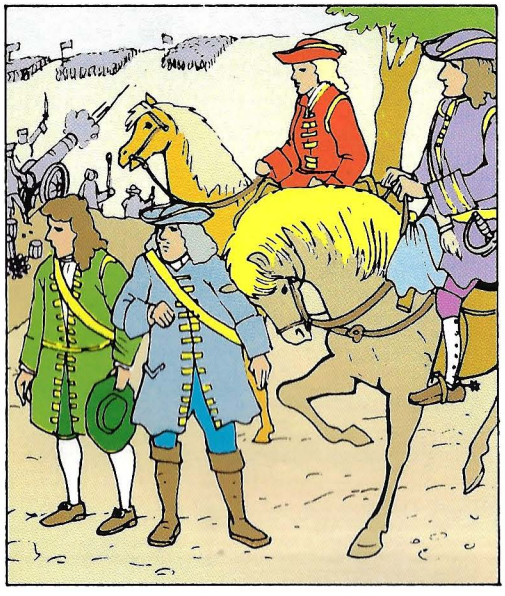
El rey campeón del absolutismo estaba abierto a todo tipo de sugerencias. Una de sus decisiones más equivocadas le fue aconsejada por su favorita Madame de Maintenon, una santurrona de cuidado (a su vez aconsejada por el famoso predicador La Chaise): en 1685 revocó el histórico edicto de Nantes, que garantizaba la libertad de culto a los protestantes hugonotes. Estos eran gente muy laboriosa, que contribuían muy positivamente a la economía del país. Su emigración en masa hizo felices a los católicos fanáticos pero fue un pésimo negocio para Francia.



A pesar de sus médicos, Luis vivió muchos años; murió con poco menos de 80 años, en 1715. Su final fue penoso: el balance global de su absolutismo no era agradable y él mismo se dio cuenta de ello. En el lecho de muerte dictó su testamento a su sucesor: "...Me ha gustado demasiado la guerra; no me imitéis en esto, ni tampoco en los excesivos gastos que he tenido... Apoyad al pueblo...". El anciano soberano comprendió demasiado tarde que el único y verdadero "sol" de un país es la paz.







CRONOLOGÍA

1638. Nace el futuro Rey Sol, hijo de Luis XIII y de Ana de Austria.

1643. Muerte de Luis XIII. Ana de Austria es nombrada regente y el cardenal Mazzarino primer ministro.

1648. Finaliza la Guerra de los Treinta Años (paz de Westfalia).

1648-1653. La Fronda intenta devolver el poder al parlamento y a los nobles. La familia real deja temporalmente París.

1651. Luis cumple la mayoría de edad y asume plenos poderes. Mazzarino es exiliado por el parlamento, pero dos años después se le vuelve a llamar.

1654. Coronación de Luis XIV.

1661. Muerte de Mazzarino. Empieza el reinado personal de Luis.

1665. Colbert es nombrado administrador general de finanzas.

1667-1668. Guerra contra España.

1672-1678. Guerra contra Holanda.

1685. Revocación del edicto de Nantes. Reanudación de las persecuciones contra los protestantes hugonotes.

1688-1697. Guerra de la Gran Alianza (Imperio alemán, España, Suecia) contra Francia.

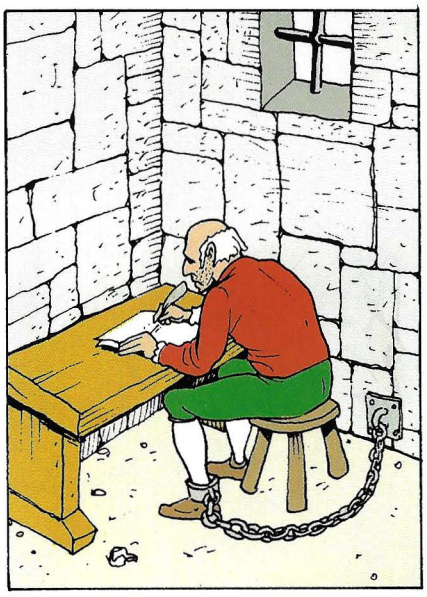
1713. Tratado de Utrecht a la finalización de la guerra de Sucesión española. Los Borbones comienzan a reinar en España.

1715. Muerte de Luis XIV.

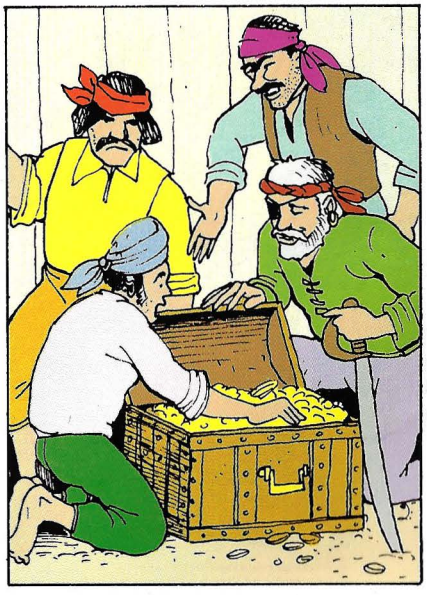
CURIOSIDADES

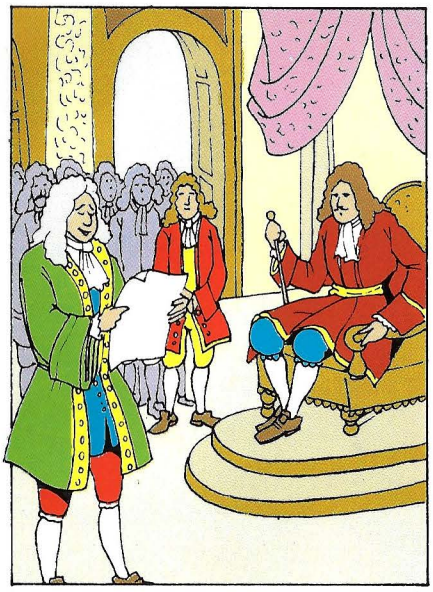
El Rey Sol tenía un estómago de avestruz. Sus comidas se componían normalmente de ocho *cubiertos,* y cada cubierto comprendía entre cinco y siete platos. La princesa Palatina, su cuñada, le vio una vez tragarse cuatro sopas, un faisán, una perdiz, una enorme ensalada, dos grandes lonchas de jamón con muchas especias, una porción de carnero al ajo, un plato de repostería variada, mucha fruta y un buen número de huevos duros. Éstos volvían loco al rey, quien llegaba a comerse cuatro o cinco en los postres.

Una de las primeras disposiciones de Luis fue acabar con el poderoso superintendente Nicolas Fouquet, hombre hábil pero muy corrupto y tan viciado por el éxito que creía que todo le estaba permitido. Cometió dos errores gravísimos: ofreció regalos a la favorita del momento, Luisa de La Vallière, e invitó a Luis a su fabuloso castillo, provocando la envidia de éste. Luis simuló no afectarse, de manera que tras reunirse con él se despidió afablemente. Pero acto seguido ordenó arrestarle en su casa. Fouquet no fue condenado a muerte de puro milagro. Moriría en 1680, encerrado en la fortaleza de Pinerolo.



Las bandas filibusteras elegían a un capitán al que obedecían ciegamente. Normas precisas regulaban la convivencia, la división del botín, las compensaciones en caso de infortunio, y otros muchos aspectos de su vida. Obviamente, ningún filibustero percibía dinero alguno si no se había hecho algún botín. Habitualmente éste se dividía en partes iguales, salvo que hubiera premios especiales para ciertos méritos particulares. El capitán disfrutaba de un tratamiento especial, sobre todo si el barco le pertenecía. El contrato de alistamiento de los filibusteros preveía incluso verdaderas pólizas de seguro. Por ejemplo, en el caso de que un filibustero perdiera un dedo o una oreja, recibía cien escudos o un esclavo, si perdía ambos pies o las piernas seiscientos escudos o seis esclavos.





Era muy difícil (y podía ser peligroso) criticar al rey por cualquier concepto. En una ocasión Luis XIV le preguntó al literato Boileau su opinión sobre una poesía –indudablemente pésima– que había escrito. Con mucho espíritu y valentía Boileau respondió: "Su majestad es verdaderamente maravilloso. ¡Puede con todo! ¡Ha querido escribir versos pésimos y lo ha logrado!"

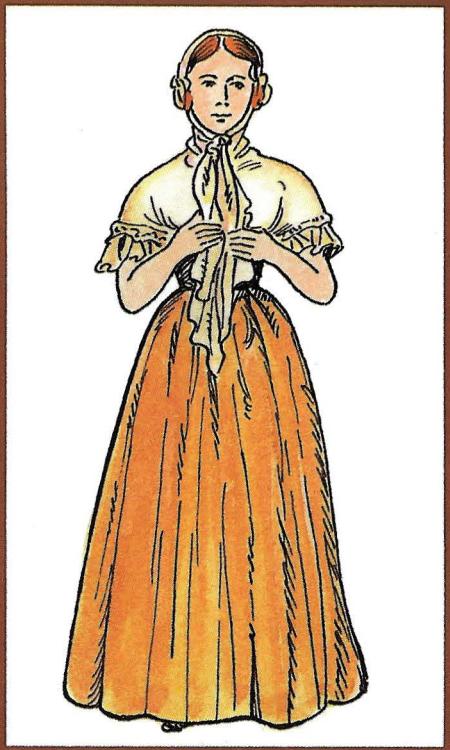
El 24 de abril de 1671 se suicidó el *maître* del príncipe de Condé, *monsieur* Vatel. Temía perder la reputación a causa de una cena ofrecida por su señor al Rey Sol. Había encargado pescado y le habían llevado tan sólo dos remesas. Le encontraron muerto por la mañana en su habitación cuando fueron a decirle que estuviera tranquilo, porque había llegado todo el pescado que había encargado. El príncipe lloró, e incluso Luis quedó consternado.

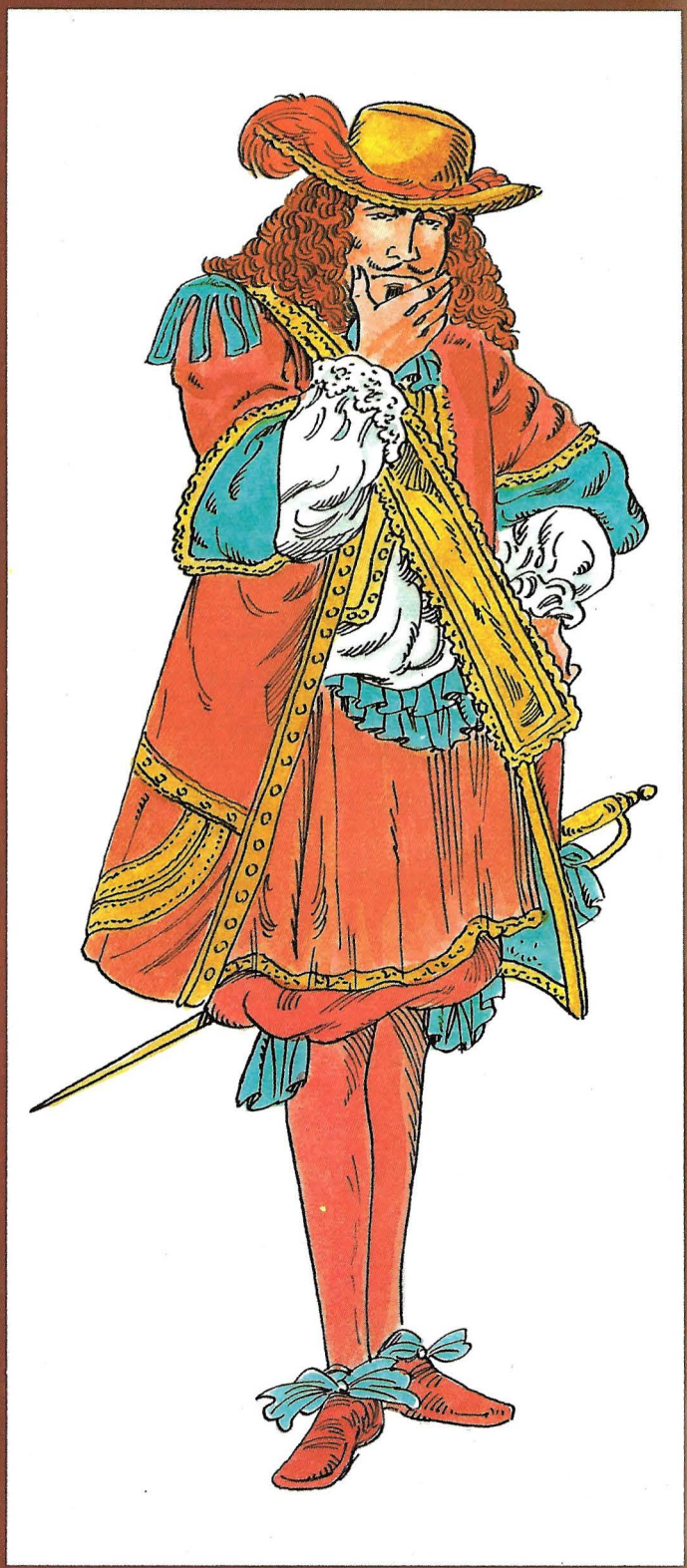
Luis XIV agradeció especialmente a Mazzarino el haberle librado de la Fronda,, ya que en el momento de mayor virulencia de este movimiento había experimentado situaciones que le habían llegado a causar auténtico pánico. Una noche su palacio fue invadido por una multitud que quería asegurarse de la presencia del rey en París y desfiló ante su lecho, en el que él fingía estar durmiendo.

La gente no quería a Mazzarino. Cuando murió, el 9 de marzo de 1661, su médico Guénot fue festejado por la calle. "¡Dejadle paso, rendidle honores!", gritaban burlonamente. "Él es el buen médico que ha matado al cardenal." Incluso Luis suspiró aliviado, al verse finalmente libre de un lastre que empezaba a pesarle. "Si no hubiera muerto no habría sabido qué hacer", confesó. Ahora podría asumir personalmente las tareas de gobierno.

INDICE

UN PODER SIN LÍMITES 6
EL "TEATRO" DEL REY SOL 10
UN SOLO DEBER: SERVIR AL REY 12
LA "CÁRCEL" DE LA NOBLEZA 14
PERO LAS VICTORIAS SALEN CARAS... 16
GENERALES Y PIRATAS DEL REY SOL 18
UNA SOCIEDAD CONTRADICTORIA 20
EL TEATRO DE LA VIDA 22
NO ME IMITÉIS 24
CRONOLOGÍA 26
CURIOSIDADES 27





Érase una vez... el HOMBRE

"Erase una vez el hombre" narra en 26 libros las grandes etapas de la historia de la humanidad, y lo hace siguiendo, a través de los tiempos, las aventuras de un pequeño grupo. Así, podremos ver qué les ocurre al sabio Maestro y a sus amigos en diferentes situaciones: entre los primeros hombres de las cavernas, en las conquistas del imperio romano, en la terrible guerra de los Cien Años o entre las maravillas de la Belle Epoque.

18. EL REY SOL

Érase una vez un rey... ¡y qué rey! Elevado al trono de Francia cuando todavía era un niño, Luis XIV fue "guiado" durante muchos años por su poderoso primer ministro, el italiano Mazzarino. A la muerte de éste, todos esperaban que el todavía joven soberano (veintitrés años) dejase las riendas del gobierno a otro personaje parecido. Luis desengañó a todos y empuñó con decisión su cetro, gobernando siempre como él mismo decidía. Fue el "Rey Sol", el centro de un universo que dependía en todo de su voluntad. El campeón del absolutismo, para lo bueno y para lo malo.

PLANETA-AGOSTINI